

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 23 DE OCTUBRE DE 1921

NÚM. 19.570



ALEGORÍA DEL OTOÑO—DIBUJO A PLUMA POR A. DURÁ

Ayuntamiento de Madrid

PEREGRINACIONES CASTELLANAS

LAS MOMIAS DE ESQUIVIAS

ARDE el sol con toda la pujanza y brio que tiene por norma en el agosto. En el cielo no hay ni el consuelo de una nube que ofrezca esperanzas de frescura. Mi camarada, el notable novelista Pepe Más, y yo descendemos en la estación de Yeles y Esquivias, y fiados en que es corta la distancia que hay hasta el pueblo, y en que podremos sosegar a la sombra de algún árbol, llenos del mejor ánimo, apechugamos con la carretera.

Son las diez de la mañana; pensamos que en poco más de un cuarto de hora estaremos en el lugar que se honró con el matrimonio de Cervantes.

Por un buen espacio no hablamos palabra; pesa sobre nosotros el recuerdo del insignia manco; sin duda que por entre estos viñedos y entre estos olivos vino su merced muchas veces caballero en una mula, con afán de prenderse en aquel matrimonio que tan pocas horas felices hubo de darle.

Mas el compadre Febo, que, a pesar de las devociones literarias que le han hecho ingenios como Quevedo, Espronceda y Rostand, entre otros muchos, es poco agradecido, echa todo su rigor sobre nuestras sufridas personas, y nos hace recordar que Castilla es una de las gradas más sólidas de su trono. Dedicámosle un enconado apóstrofe y continuamos en silencio por la empinada cuesta. La distancia es más larga de lo que creíamos.

Columbrando las casas del pueblo, alcanzamos a un labrador campechano que viene de Parla, y preguntándonos que *¿adónde bueno?*, pretende satisfacer su curiosidad; nosotros no nos atrevemos a declararle que vamos en peregrinación literaria, porque acaso no nos mirará bien, y salimos del paso con decirle que somos del Catastro. Si le pidiéramos la bolsa o hiciéramos recordación de la muerte, no se industriara tan bien para apartarse de nosotros con tanta prisa.

—¡Vayan con Dios!—nos dice, y, entiendo que haciendo disimuladamente la señal de la cruz, atajónos el paso.

El rollo de la villa es como vigía que avanza hacia el camino; está enclavado en una pequeña loma a mano diestra, y detrás de él extiéndense las eras, donde trillan unos chicuelos, y unos hombres recios y tostados por el sol vuelven la parva.

La hora del medio día está cercana; hay poca gente en las calles. Pasada la plaza, y antes de llegar a la fuente, nos recibe uno de los hidalgos más principales del pueblo. Trata con mi camarada de unos asuntos particulares, y así como queda enterado de lo que le importa, nos deja a nuestro albedrío, sin que aquella cordialidad tan decantada de Castilla tenga en él un gran paladín.

Le hemos preguntado por lo que haya de notable en la villa, y nos ha dicho que no más que la casa de doña Catalina Salazar y las momias del Convento de San Francisco. Viendo que no se muestra muy propicio a honrarnos con su compañía, salimos y buscamos al alguacil, el cual se presta a servirnos de guía si nosotros vamos a pedirle al alcalde las llaves del Convento.

La primera autoridad de Esquivias está ausente; pero nos recibe la señora alcaldesa, una matrona de aspecto noble y recia contextura, que recuerda con mucha bizarría a las ricas hembras de Castilla que han pasado a las páginas de la Historia. Atiéndenos con llana cortesía, y mirando a nuestro deseo de ver

una cosa notable del pueblo, siquier sea tan poco agradable como las sobras de la Muerte, pone en nuestras manos las llaves del abandonado templo, que fué en día no lejano mansión de la Orden franciscana.

En el zaguán del Ayuntamiento nos espera el ministro, quien, tomando las llaves que nos entregó la señora alcaldesa, se dispone a acompañarnos de muy buen talante. A este tiempo, como ya han sonado las doce en la iglesia, comienzan a venir las yuntas, y los mozos que estaban en el campo éntanse por las calles bien soleadas en busca de la olla.

En breve espacio, porque el pueblo no es grande con demasía, llegamos a la desalquilada mansión del seráfico San Francisco.

El templo es una anoplia nave toda desmantelada, sin imágenes en los altares ni vestigios del culto por parte alguna. Un gran cuadro colocado en el altar mayor, y otro más pequeño a la mano siniestra, son los únicos reflejos que restan de la devoción pasada.

El alguacil se dirige hacia una hornacina; nosotros pensamos que va a buscar las llaves de la cripta en que han de estar los que fueron. Nos acercamos sin llevar el ánimo dispuesto para satisfacer la curiosidad que nos guía; abre aquél las puertas del escondite y aparecen ante nosotros cinco momias inquietas, porque alguna de ellas (como no son demasiado antiguas) tienen todavía alguna reminiscencia cadavérica. Unas, con las manos cruzadas; otras, con ambos brazos extendidos a lo largo del cuerpo, parece que sufren aún la prisión de las tablas mortuorias.

Por un buen espacio contemplamos aquella vista macabra, sin que la cierta y socorrida filosofía de que todos habe-

mos de llegar a tal estado sea bastante para alejar de nuestros espíritus la inquietud que nos produce el terrible misterio de no ser.

El alguacil, en fuerza de estar familiarizado con el espectáculo por la curiosidad de los forasteros, piensa que la nuestra no está bastante satisfecha, y nos hace bajar a la cripta, donde hay diez y seis carroñas más. Estas son más trágicas y espantables que las otras; yacen arrinconadas en el suelo, sobre un montón de cascotes que los chicos van acumulando desde una reja que da a la calle, en una salvaje pedrea contra aquellos despojos incorruptos. En una estancia próxima vense abiertos los nichos donde estos pobres muertos creyeron hallar su eterno descanso, bien ajenos de la cominería y barbarie de los vivos.

Uno de estos maniqués del alma fué predicador a principios del siglo XIX. Su nicho vacío tiene escrito su nombre, que no recuerdo, y declara que feneció en agosto de 1815. Mis ojos inquietos y un poco espantados vuelven a fijarse en aquellos restos errantes, pretendiendo adivinar cuyo fué el cuerpo de aquel nicho profanado. ¿Será acaso aquel que partido por la mitad, conservando aún en las carcomidas facciones un gesto de terror, parece interrogar con sus vacías vacías a los que vienen a interrumpirle el sosiego? Las manos enclavijadas apriétanse sobre el vientre horadado, del que salen en ovillo monstruoso entrañas y tendones sin forma ni color, como los muelles descompuestos de un autómatas...

El alguacil, que es la única autoridad municipal e histórica a que podemos remitirnos, no sabe desde cuándo están fuera de sus sepulcros aquellos cuerpos; ni por qué no se ha ordenado su traslación al camposanto de la villa.

Yo me permito preguntárselos desde aquí al cardenal arzobispo y al gobernador civil de Toledo: ¿Por qué a estos malaventurados restos se los anticipa la penosa peregrinación en busca de sus ánimas, según el programa oficial de la gloria señalada para el día del juicio?

Diego SAN JOSE

FIGURAS DE ITALIA

EL OASIS DE NICCODEMI

ELIGIO Possenti, cuyo verbo cálido y desenfadado tiene los mismos satíricos acentos de Juvenal, me iba hablando con entusiasmo de Niccodemi mientras caminábamos a lo largo del corso Humberto I en uno de esos atardeceres de la Ciudad Eterna, de tan celeste magnificencia.

—En Milán conocerá usted a Niccodemi. A Roma sólo viene unos cuantos días, en el otoño... Darío Niccodemi es un hombre interesantísimo. Salió de Italia ignorado, y al regresar le acompañaba un sólido prestigio conquistado tras no pocos esfuerzos. Su primera producción teatral se estrenó en español; la segunda, en italiano; pero muy lejos de Italia. Escribe en castellano y en francés igual que en su propio idioma, y es tal vez el autor dramático no sólo de más intensa labor, pues viene a escribir, por término medio, tres comedias al año, sino el de mejor cimentada fama. Ahora que... yo creo que es más autor de dramas, comedias y sus afines que escritor. Le repito que Niccodemi es un hombre interesantísimo no sólo en el aspecto literario, sino también desde un punto de vista personal. De sus aventuras amorosas se habla tanto como de las

de D'Annunzio o de las de Trilussa. Y allá, en Milán, tiene una linda casa llena de objetos raros y artísticos—como la de Loti—en la que casi nunca vive, porque, peregrino del mundo, transcurre su existencia de ciudad en ciudad y de hotel en hotel, sin que sufra merma su fantasía meridional ni su característica de italiano...

Habíamos llegado a la plaza de Venecia, y cerca del palacio desnudo y terrible, con sus muros almenados y su trágica severidad, en donde vivían los enviados de los Dux en los tiempos aún no lejanos de la Roma papal, nos despedimos. Eligio Possenti me repitió, casi en un grito:

—¡Que en Milán vea usted a Niccodemi! Le encontrará usted en el taller de Rovescalli.

En más de una ocasión he dicho que a la casa donde vive un escritor se le deben dedicar unas líneas, porque cuanto en ella puede existir el escritor lo ha hecho y lo ha centrado, y es tanto su ambiente a él como él es a su ambiente.

Y efectivamente, ya en Milán mi primera preocupación fué la de buscar a Darío Niccodemi. En el taller de Roves-

calli me dieron las señas de su casa, allá en la vía S. Andrea, que es una vía silenciosa, alejada de las ruidosas disonancias del centro de la ciudad. A ella me encaminé una admirable mañana, en la que se sentía palpar la vida bajo el azul ligero del cielo, sin tacha, infinito.

Realmente, hasta la vía S. Andrea no llega el algarear sin tregua de las calles del corazón de la urbe. Todo en ella es paz, silencio. ¿No se descubre por este indicio al hombre que anhela que su casa sea como un oasis de sosiego para el tumultuoso correr de su existencia? Dentro, una vez traspuesto el amplio portalón de la vieja casa hidalga, se observa, hasta por los más insignificantes detalles, al hombre que, harto de pasearse por los vastos salones de los más elegantes hoteles y por las suntuosas cámaras de los más lujosos trasatlánticos, ha querido que cuantas cosas se encuentren a su lado posean un cierto tono de severidad. Y así es, en efecto. Todo en la casa de Niccodemi tiene un sello noble y austero; pero en su estudio—los artistas italianos sustituyen con un artístico «estudio» el vulgar «despacho» español—es donde más se acentúa, por la sencillez del mobiliario y por la simplicidad del decorado, la rigidez cenobítica de que se ha querido rodear. ¿No se descubre también por este otro indicio que, además de aspirar a que su casa sea como a modo de oasis en el yermo de la vida, anhela que tenga esa calma, que posea ese recogimiento, en donde de nuevo se puedan templar los aceros del alma antes de caer otra vez en la vorágine de intrigas, de ambiciones, de intereses que luchan?

Sí, Niccodemi, en su obra, ha expresado con toda sinceridad la idea de que la vida no se puede vivir sin poner en ella largos paréntesis de paz en lo que es material y en lo que es moral. Su comedia *Il Rifugio* ¿no la informa esta idea? Sí. *Il Rifugio* es un trozo de costa vecino a Monte-Carlo; un trozo de costa de vegetación exuberante, desde donde se contempla un mar azul y un cielo que parece envolverlo todo en su neblina, como en delicado velo, también azul, muy azul.

Niccodemi ha llevado su vida a sus obras, y es menester confesar que lo ha hecho con desusada sinceridad. Para seguirle paso a paso desde Buenos Aires, donde se lanzó a la literatura dramática, llevando a la escena *Il dubbio*, hasta Roma, donde últimamente conquistó otro gran éxito con *Acidalia*, interpretada por Gandusio, no es necesario mas que estudiar su producción, y de ella se infiere clara y fijamente, no sólo su zona moral, sino también su campo de acción material.

Darío Niccodemi, que escribió en español y que escribió en francés antes de escribir en italiano, es hoy un verdadero italiano, porque se ha adueñado del ambiente de la sociedad en que vive y ha estudiado a los seres y a las cosas, no sólo en la primera realidad, que es el exterior de los seres y la superficie de las cosas, sino en una segunda realidad superior. Es realmente admirable que Niccodemi haya conservado su espíritu tan lleno de las más puras esencias italianas después de su prolongada ausencia de Italia. Y es en realidad todavía más admirable que su campo de acción sea, además de su conciencia, la conciencia de todos, para de esta manera lograr que cuanto se dice sobre la escena sea algo así a modo de un eco íntimo de lo que piensan la mayoría de los que se encuentran sentados en las butacas.

Y es que Italia no se olvida nunca; porque no hay emoción comparable a la que produce ese espíritu de grandeza de que está impregnado su ambiente...

Luciano DE TAXONERA

PARA EL MUSEO DEL GRECO. UN PRIMITIVO ESPAÑOL

El señor marqués de la Vega Inclán, a quien tanto debe la cultura artística en nuestra patria, ha reunido, por encargo del Patronato que rige en Toledo el Museo del Greco, y para formar en éste una nueva sala, varias obras de pintores españoles, que pueden verse ahora expuestas en los salones de la Sociedad de Amigos del Arte; aquí, ante los cuadros mismos, cabe darse cuenta de lo que representa la aportación. Al propio tiempo, se exhiben en ese local tres salas del Museo Romántico, colección de pinturas regalada al Estado por el señor marqués de la Vega Inclán, que ofrece amplio punto de partida para saber lo que fué la pintura en nuestro país desde la guerra de la Independencia hasta la guerra de Africa.

Por hoy, dedicaremos nuestra atención al examen de un lienzo que perteneció a un monasterio de la Imperial Ciudad y que se destina, con otros, al Museo del Greco: Una coronación de espinas, original de Fernando Gallego, uno de los grandes maestros que honraron el arte nacional durante la segunda mitad del siglo XV, y cuya fama se consolida en la moderna revisión de valores.

Señala algún escritor — monsieur Emile Bertaux — a Salamanca como el dentro activo de la primera escuela hispanoflamenca de Castilla. El único pintor de ella recordado con encomio por los eruditos de fines del siglo XVIII es, precisamente, Fernando Gallego, sin duda, — aparte la excelente calidad de su arte — por la costumbre que tenía de firmar sus obras.

Ignóranse las fechas de su nacimiento y de su muerte, y los documentos no arrojan, por desgracia, mucha luz acerca de tan importante figura. Unas cuantas producciones suyas existen en Zamora y en Salamanca; alguna en Madrid, y las dispersas por el Extranjero. (Un núcleo interesantísimo es el de 26 paneles procedentes del retablo o altar mayor que hubo en la Catedral de Ciudad Rodrigo, y que hoy se admiran en la galería de sir Frederic Cook, en Richmond, Inglaterra.)

Un políptico, conservado en la capilla que el obispo D. Juan de Mella fundó en la Catedral de Zamora, se considera lo mejor de Fernando Gallego; fijase su ejecución entre el año 1456, en que don Juan de Mella fué creado cardenal por el papa Calixto III, y el 1467, en que dicho prelado falleció en Roma.

No aparece muy clara la filiación flamenca de Gallego. En líneas generales, es lícito aceptarla, pero en cuanto se

desciende a concretarla, nos encontramos con una serie de particularidades que muestran su enjundia española. Un ejemplo sumamente explícito de esto es el lienzo que motiva el presente artículo.

Fernando Gallego concibe la escena de la coronación de espinas con un espíritu muy castellano. En la noble imagen de

entrecanos cabellos que tiende blanco paño para enjugar la sangre, el sudor angustioso y las lágrimas en que la cara del Dios Hijo se baña. Lo vistoso de los trajes y las forzadas actitudes exáltanse en llamativas notas para, por efecto de calculada oposición, concentrar el sentimiento de sublimada dignidad en

de los marqueses de Santillana, la testa castiza del hombre que estruja el casto pañuelo, diríase que resume el carácter pictórico de Pedro Berruguete. Mas Fernando Gallego, aun cediendo asimismo de momento a las modalidades de García del Barco, no disimula ni aplaca su original posición frente al natural.

La coronación de espinas es espejo de un auto teatral. Pocas veces hallaremos una pintura que, sin desvirtuarse, se preste al más ameno literario comentario. La vena realista de los poetas contemporáneos del pintor, en pilarismo, en los tipos de la calle, no obstante los disfraces que los papales de la farsa requieren, se destacan aquí, en asombroso y veracísimo trasunto.

Resulta curioso el observar que el goticismo de Fernando Gallego se nutre de esencias populares, cosa que da a su pincel fuertes acentos. En las cabezas de los sayones hay una caracterización que nunca desmiente la casta nativa. Si prescindimos por unos instantes de lo puramente temporal, o de circunstancias, por ejemplo, del indumento, descubriremos por los modelos la redia notación de fisonomías arrancadas a la confuso tráfigo de la vida corriente. En tal sentido, Fernando Gallego es un fiel y profundo documentador de hombres. Lo humano para él, en acción dinámica, cobra un realce inusitado, y marca el antecedente que más tarde se desenvolverá encarnado en los pintores del siglo de oro. Lo que Nuño Gonsalves logró interpretando el alma del pueblo portugués, logralo, con respecto a la del castellano, Fernando Gallego, en la coronación de espinas, página que desde hoy, revelada a los estudiosos, entra en la historia de la pintura española para afirmar a su autor, en la categoría de gran maestro, preeminente lugar. Cuando se hable de nuestros primitivos, y en particular de Fernando Gallego, no podrá omitirse la mención de esta obra, porque aventaja a caso a otras suyas y porque define mejor su potencialidad artística.

En el selecto y amable Museo del Greco, e incorporada al ambiente toledano, será, además, una preciosa referencia: al lado de los Pedro Berruguete y los Juan de Borgoña, que en la Catedral Primada y en las iglesias de Toledo subsisten, sabrá decir en el elocuentísimo lenguaje del arte lo que no suele aprenderse en las frías estancias donde la pintura, almacenada y en prisión, se esquivaba a los más delicados e íntimos goces.

Ángel VEGUE Y GOLDONI



Cristo, el rostro tiene un gesto de hondo y resignado dolor; es de las expresiones más sinceras y acertadas que han salido del genio nacional. La crueldad de los verdugos, asentando la corona sobre las sienes del Hombre-Dios, con el bárbaro artificio de toscos palos cortados, subraya el depurado dramatismo de la sagrada faz. Las muecas sarcásticas de los cuatro sayones contrastan con el ceño atormentado de aquel hombre de

la figura capital del asunto elegido.

Y el español asoma en tan ricas coloraciones, donde «cantan» los tonos puros de bermellón y del carmín, que el cuadro parece transportada victricia. No empalaga el detalle, que, tomado al pie de la letra en una dicción flamenca, restaría vivacidad y grandeza a la, por otra parte, apretada y sintética factura.

Si los ventanales del fondo nos llevan a pensar en Jorge Inglés, el retratista

da al ambiente toledano, será, además, una preciosa referencia: al lado de los Pedro Berruguete y los Juan de Borgoña, que en la Catedral Primada y en las iglesias de Toledo subsisten, sabrá decir en el elocuentísimo lenguaje del arte lo que no suele aprenderse en las frías estancias donde la pintura, almacenada y en prisión, se esquivaba a los más delicados e íntimos goces.

EL ROBO DE LA CALLE DE WASHINGTON

ESTABAN los detectives Petersen y Jacobsen tomando un cock-tail en su pisito de la calle de Nelson, cuando el timbre de la puerta sonó y volvió a sonar, oprimido por una mano febril e impaciente.

—Caso grave—dijo Petersen, notando en el modo de llamar la alteración del visitante.

Abrió el criado y apareció en el umbral un hombre desmelenado, jadeante, colvulso, «dando señales de la mayor agitación».

Hundido Petersen en su enorme butaca, bajo y muelle; encaramado Jacobsen en lo alto de un taburete de bar americano, escucharon el relato de aquel hombre que venía a reclamar ayuda de los dos policías invencibles.

Petersen y Jacobsen eran dos personas distintas, aunque un solo e inseparable detective.

Siempre trabajaban unidos.

La inteligencia del uno y la voluntad del otro; la flemma del primero y la decisión del segundo se acoplaban de tal manera, que ambos formaban una sola persona, prodigio de atrevimiento y de penetración policíaca.

Petersen, altísimo, de piernas larguiruchas, parecía un compás andando. Jacobsen, todo panza — piernas y brazos cortos, cabecita redonda y diminuta, tórax enorme, esférico, ceñido por un chaleco a cuadros—parecía un globo terráqueo de esos que hay en los escuelas para no enseñar geografía a los niños.

El hombre habló con voz desfallecida:

—Me llamo Williams Roberts; vivo en el hotel núm. 4 de la calle de Washington y disfruto una renta de 4.000 libras al año. Esta renta y mi vida de hombre solitario han hecho que corra por el barrio, a costa mía, la creencia fantástica de que soy un hombre misterioso y millonario. Tal vez por esta fama, o porque al que vive solo se le puede atacar más fácilmente que con familia, quiere, no sé quién, robarme y atentar contra mi vida. Desde hace cuatro días se me amenaza, se me acecha, se me persigue y se me angustia con un poder misterioso superior a mis fuerzas.

El día 24 de este mes recibí una carta en la que se me emplazaba para que dejase, a las doce de la noche, la cantidad de 200.000 chelines, ¿dónde dirán ustedes?... en el cajón de mi misma mesa de despacho. «Entraré por el dinero yo mismo», decía la carta. «Tú lo verás y será inútil cuanto hagas; ni podrás disuadir contra mí, ni moverte, ni llamar pidiendo auxilio. Hasta la noche.»

Esperé febril, con un revólver en la mano. Mi pulso—les aseguro que hice varias pruebas—no temblaba. Pero dieron las doce y entró, abriendo y volviendo a cerrar la puerta del despacho, un hombre de «pock», correcto y serio. Con paso tranquilo cruzó el cuarto, sin que yo pudiera moverme ni dar un solo grito; llegó a la mesa, y al no encontrar en ella los 200.000 chelines que buscaba, dejó encima de la carpeta un sobre de luto, sin dirigirme una palabra, como si no estuviera yo en la habitación, fué, de espaldas a mí, en dirección hacia la puerta, por donde salió, sin prisa y sin ruido.

Me precipité a la puerta; la abrí; registré los pasillos; recorrí la casa entera... Nadie... Las cerraduras echadas; los cerrojos corridos; los precintos de ventanas y puertas—colocados de antemano—todos intactos...

Calló un momento para sobreponerse al recuerdo, y prosiguió:

—Ya sé lo que van ustedes a argüirme:

que tuve una alucinación.

Pero Petersen dijo con firmeza:

—No, no se trata de una alucinación.

Y Jacobsen negó también con la cabeza, como corroborando la opinión de su amigo.

—¡Cómo!... ¿Saben ustedes ya de qué se trata?—preguntó con sorpresa supersticiosa el infeliz. Y los dos policías, a un tiempo, se encogieron de hombros y dijeron lacónicamente: «Veremos...» «Quizás...», y volvieron los dos a su silencio. Petersen chupaba con insistencia flemática su puro de breca, mientras Jacobsen no hacía más que moverse, removerse y brincar, como chico retozón, en lo alto del taburete.

El infeliz señor siguió explicando: En el sobre de luto había un signo de muerte y una fecha en tres cifras:

27 - 8 - 12

«El día 27 de agosto, a las doce.»

Era al anochecer de la tarde del veintiseiete. Los policías examinaron las cartas a que se había referido el caballero.

—Esta noche—dijo Jacobsen, jovial—caerá el pájaro en la trampa.

Por los ojos del visitante pasó una centella de esperanza; pero al añadir Petersen: «Puede usted marcharse tranquilo», el infeliz se echó a temblar y a suplicar, lleno de angustia:

—¡Por Dios, no!... Irme de aquí, no. Si salgo de aquí me encontraré con él. Estoy seguro... Me dominará; caeré en sus manos; moriré sin siquiera defenderme...

Acostumbrados ambos policías a tales escenas de terror, calmaron al des-



dicado con palabras de sonriente confianza.

—Tranquílese usted, caballero; no hay nada que temer.

—Está usted en su casa y puede usted permanecer en ella cuanto guste.

Con aquellas palabras consiguieron contener el nerviosismo extremo de aquel hombre, y después de ofrecerle un cordial de caldo con Jerez, pasaron ambos policías al comedor para cenar tranquilos y joviales, antes de empezar el trabajo de la noche.

Nada indicaba en aquellos hombres ni preocupación ante el caso inexplicable ni medrosa inquietud ante el misterio amenazador. Confiaban en sí mismos y seguían su vida como si no ocurriese nada.

Las diez daban en el reloj del pasillo cuando salieron ambos amigos, dejando en el despacho al pobre caballero que, después de la excitación anterior, había caído en una postración lamentable.

Al cabo de una hora llegaron al hotel de la calle de Washington. Saltaron la tapia del jardín, como verdaderos acróbatas; se acercaron al edificio y, subiéndose Jacobsen en los hombros del otro, quedó a la altura de las ventanas que daban al primer piso del hotel, en situación de comenzar las operaciones previas.

Rápido y certero, cortó dos círculos precisos en el cristal de las vidrieras del balcón número cuatro de la fachada noroeste, y en seguida, con un berbiquí de bolsillo, hizo en la madera dos agujeros perfectos: en uno aplicó el foco de una linterna eléctrica y por el otro miró: era el mismo despacho que les había descrito el cliente hacía pocas horas.

—¿Alguien?—preguntó Petersen.

—Nadie—contestó Jacobsen.

—Esperemos entonces.

Petersen se dobló en tres, sentándose en el suelo, y Jacobsen se apoyó contra la tapia.

Al sonar en un reloj las dieciséis campanadas de las doce (pues hemos quedado en que ciertos relojes dan cuatro campanadas de más, por los cuartos), se incorporó Petersen, montándose en los hombros a Jacobsen.

A los pocos instantes oyeron el rechinar de una llave en la cerradura de la verja y vieron entrar a un hombre de mediana estatura y buen porte, con som-

brero de copa y gabán abotonado, subido el cuello del gabán hasta casi taparle el rostro.

Con perfecta y segura tranquilidad cruzó el jardín y penetró en la casa. Pronto se iluminó el despacho y pudo ver Jacobsen cómo el desconocido entraba en el cuarto y cómo, pausado y con pasmosa sangre fría, se acercaba a la mesa del despacho, abría el cajón de la derecha, contaba los billetes y se los guardaba en la cartera, saliendo acto continuo, sin siquiera molestarse en mirar si alguien le acechaba.

Jacobsen bajó a tierra de un salto.

—¡Ya está!—exclamó.

—¿Lo dicho?

—Sí.

—Vámonos fuera entonces.

Saltaron de nuevo la tapia y esperaron en la acera de enfrente al personaje. En cuanto le vieron salir se acercaron ambos detectives y, sombrero en mano, preguntaron con gran cortesía:

—¿Williams Roberts?

—Servidor de ustedes. ¿Qué desean?

—Nada, caballero; un pobre señor que ha querido robarnos, tomando su nombre.

—El mío.

—Sí, señor, el de usted: se ha presentado en casa diciendo que se llamaba William Roberts y que vivía en el hotel número 4 de la calle Washington, que estaba amenazado de muerte y robo, de una manera sobrenatural e increíble, y que caería muerto por sus perseguidores en cuanto pusiera los pies en la calle.

—La cosa estaba vista desde el primer momento: aquel hombre quería a todo trance alejarnos de ella.

—El infeliz pensó: voy a ver a los detectives; les cuento una historia misteriosa para que se intriguen y pongan su amor propio en el asunto; les tengo en el hotel, de diez a doce, en espera y acecho del ladrón, y entre tanto yo, que me he quedado en casa de los policías haciéndome el aterrorizado, abro sus muebles con toda libertad y los desvalijo con toda calma.

—Pero no sabe el tonto que a Petersen y a Jacobsen no se les engaña de ese modo.

—Esas historias de robos misteriosos no puede tomarlos nadie en serio, como no sean los lectores de las novelas policíacas.

—El incauto ladronzuelo se encontrará a estas horas queriendo salir del despacho de los famosos detectives, y viéndolo con sorpresa que los detectives le han encerrado allí.

—¿Por qué sabía nuestro visitante que iba usted a venir esta noche a su casa por dinero y por qué conoce su casa y hasta el sitio en que guarda usted los billetes? No sabemos; quizás porque es amigo de usted; quizás porque es un cómplice.

—Pero este detalle nos tieta hacia su casa. Llegaron a ches.

Y ambos detectives tomaron juntos el camino de vuelta hacia su casa; llegaron a ella, cogieron de una oreja al ladrón caído en la trampa, y le pusieron en la calle de un puntapié.

Petersen y Jacobsen soltaban siempre a los ladrones como suelta a los ratones el gato.

Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.



LOS POETAS

— UNA CANCIÓN... —

Yo llevo dentro una canción que hace llorar.
¿Quién eres tú que me la impide referir?
Oigo la fuente que no cesa de manar,
sé lo que dice y no lo puedo traducir.

Dice unas cosas de tan diáfano sentido,
tan inefables y tan dulces y tan hondas,
que si entendiste una, no más, estás perdido,
y será en vano que ensordezcas y te escondas.

Como en un pomo de hermetismo inviolado
e inviolable, llevarás en ti el secreto,
tal que un perfume, cada vez más concentrado,
que, a su pesar, se ve forzado a ser discreto.

Yo que escuché la confidencia, necesito,
¡oh, tú, quien seas, que no quieres que la diga!
dársela a todos o acallar su eterno grito,
que es granazón con que no puede ya la espiga.

Lleno de fe, porque me juzgo noble y digno
del sumo don que en cruz espera el alma mía,
creo que, al fin, alguien que ignora hará su signo
y os podré dar mi dolorosa eucaristía.

Una ternura que me asusto de aplicar
es el tesoro que quisiera repartir...
¡Llevo en el pecho la canción que hace llorar,
sé lo que dice y no lo puedo traducir!

Francisco ESCRIVÁ DE ROMANÍ

— MÁRMOL EMPEZADO —

En mí reclinada,
escuchaste atenta
mi deshilvanada
charla violenta;
y hacia mí sentiste
una gran ternura,
porque en mi amargura
tu amargura viste.

Todo, en derredor
nuestro, parecía
en muda agonía
por nuestro dolor.

Con la vaguedad
triste del ocaso,
rimaba el fracaso
de nuestra ansiedad...
Callado, el jardín;
inmóvil, la fronda...
Sola nuestra honda
emoción sin fin...

Seguimos callados
por los geométricos
senderos simétricos
de bojes cortados,
y en aquella pausa
pareció vibrar
la doliente causa
de nuestro pesar...

Silencio sin fin
del triste jardín...
Doliente mutismo
en que nuestro mismo
pesar nos abstraía...
Tan sólo se oía
la arena que bajo
nuestros pies crujía...

Tu espíritu...

Francisco DE TROYA

Dibujo FORMA.

FORMA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Alberto Guillén

A CABO de leer dos libritos vivamente reveladores: *El Libro de las Parábolas* y *Deucalión*, del joven escritor peruano Alberto Guillén, de quien ya conocía la desenfadada y agresiva colección de siluetas de escritores, titulada *La Linterna de Diógenes*. Son libros de poeta, de un fuerte poeta satírico. Nos hemos acostumbrado a una desvirtuación del concepto de la Sátira. Ello es debido, precisamente, a otra desvirtuación, la del epigrama; y ha habido un contubernio entre esas dos desvirtuaciones. La sátira no es composición meramente negativa, burlesca o paródica; ni el epigrama es el chiste, la ridiculización concentrada a modo de invectiva que saluda irrisoriamente el paso de un fantasmón. Tal vez la sátira, madre del teatro, sea (con la profecía, su hermana en alta protesta lírica, esto es, solitaria) el género literario de más hondas actuaciones y trascendencias sociales. *Sátira* y *farsa* tienen una identidad etimológica de *conglomerado*; pero en ellas apoyaron sus predicciones dionisiacas los poetas que unieron las liturgias religiosas con los símbolos de triunfo de las Ciudades, formas plenas de la creación humana. Y en cuanto al Epigrama, *inscripción* lapidaria sobre las columnas de la Historia, jamás pudo sospechar, hasta las decadentes burlas de Marcial, que hubiese de calzar los zuecos, ante la plebe y los esclavos...

Pues bien: he aquí un librito que ha querido unir las dos formas, *Epigrama* y *Sátira*, en nueva fusión ennoblecedora; pero añadiéndoles un valor de fantasía simbólica, una fuerte creación de imágenes que afirman plenamente la potestad creadora, esto es, *poética*, del autor. Y así ha nacido una forma personalísima de *parábolas*, de representaciones y simulacros de humanidad. Si se quiere, hay en esos fragmentos nuevas concepciones de la vieja fábula, impregnados del fecundo zoomorfismo sobre el cual nacieron también las religiones. Podríamos decir que se trata de un poeta *yámbico*.

La nota capital de esas imágenes está en la exaltación de la voluntad, en el desprecio a todo filisteísmo, en una sed insaciable de belleza. El poeta se lanza a su ideal, tapando sus oídos como los compañeros de Ulises, cerrando los ojos a la turba vil; pero a veces le detiene una bella forma vislumbrada en su camino, a la luz de una estrella reflejada en el fondo del remanso donde se detuvo a beber...

Voy a copiar alguna de esas felices estilizaciones:

«Y el Asno creyó siempre que fueron sus orejas las que hicieron la sombra de unas alas.»

«—Los prejuicios son trabas—decían.

—Sí, es verdad—confirmaron las águilas—; pero las trabas son para las patas, no para las alas.»

«El rayo furioso contra el caminante no sabe que le alumbró el camino.»

«El arrojó su corazón en el estanque. Pero las ranas creyeron que era un perusco y armaron gran tumulto.»

«Y el chacal, harto de las sobras del lón: —¡Tu garra es santa!—le dijo.

«—Pero, ¿por qué no la olvidas?

—Es que aún no he aprendido a sal-

tar más allá de mi sombra» —dijo el amante.

«El Viento dijo a la vela:

—Vela, tú eres un obstáculo.

La vela no dijo nada; pero llegó a su destino.»

Y esta otra, que recuerda una parábola de Wilde sobre Narciso:

«—¿De qué te ufanas?

—Soy hermoso—dijo el espejo mirándose en mis ojos.»

El otro volumen, *Deucalión*, es una colección de versos. Todas esas composiciones (verdaderas centellas de inspiración) participan de la plasticidad fugaz, intuitiva y sintética del otro volumen. Hay en ellas un rastro de la autolatría romántica, la convicción del propio valer exaltado, más por desprecio a la multitud que por arrogancia petulante. El poeta canta con el cráneo de *Yorick* en la mano. Canta el eterno *Excelsior*, puestos los ojos en la escala de cumbres que ante él se yerguen, hacia destinos ignorados:

«¿Hacia dónde?

¡No importa! La vida esconde mundos en germen

que aún falta descubrir:

Corazón, es hora de partir

hacia los mundos que duermen.»

«Mi canto es el comentario

divino de mí mismo.»

«Un dios desconocido

soy

que no ha vivido

aún en la conciencia humana, y voy

poniendo, como espada,

mi voz sobre la noche arrodillada.»

«Yo indicaré el camino a las sonoras

velas de Jasón y a las auroras

cuando quieran pasar.»

Poeta de imágenes más que de música, ya que muchas veces rompe con desenfadado el sentido melódico (no ya el armónico) de su ritmo. Y con todo, el mayor encanto de esas *imaginificencias* sería su plasmación en el rápido sonar de unos acordes, fusión ideal de estatuaría y música. ¿No representa *Deucalión* el mito genésico de las piedras que se tornaron hombres, esto es, palabras, cánticos, músicas animadas y vivientes?

Una traducción de Schnitzler

En estas mismas páginas dediqué un comentario a la traducción de la novela de Schnitzler, *Morir*. La Colección contemporánea Calpe ha publicado, en un volumen, otras dos obras del mismo escritor austriaco: *Anatol* y *A la Cacatúa verde*, traducciones de Trudy Graa y Luis Araquistain.

Anatol es una colección de escenas de mariposeante mundanidad, a la manera de Enrique Lavedan, como nota muy acertadamente el prólogo. ¿Por qué quiere exceptuarlos de la frívola elegancia propia de ese autor? Yo creo que aquella frívola elegancia es una cualidad. Son gráciles trasuntos de un aspecto moderno de la vida ciudadana, y su mayor valor (su único valor) está en lo que tengan de viva representación, de calor humano. A través de esos cuadros se percibe, como un perfume íntimo, la nota que cada sociedad atribuye al buen tono, a la elegancia, como distintivo de aristocracias. Esta sociedad de *avant-guerre* (o, si se quiere, de *anteguerra*) estuvo impregnada de cierto sibirismo escéptico o pesimista en el cual el amor romántico se trocó en superficial materialidad. Es curiosa la evolución de lo que suele llamarse *esprit* (lo dejo en francés porque me refiero a una modalidad esencialmente francesa, y porque la palabra *ingenio* no corresponde en modo alguno a aquélla). Ese *esprit*, esa *espiritualidad*, mariposeo grácil de la conversación, nacido en la refinada y ambigua sociedad neoclásica, ha perdido su originaria facundia sugestiva, la que le hizo siempre obligado interlocutor o *partenaire* de los filósofos y le llevó desde la Rochefoucauld a Chamfort y a Voltaire como un enlace entre los salones versalleses y la Enciclopedia que debió destruirlos. Y aquella *espiritualidad* es hoy materialidad disfrazada y sin alas...

Pero la sociedad que ha sucedido a la guerra no nos ha devuelto la perdida Psiquis. Al contrario, ha acentuado aquella degeneración, reduciéndola a brutal egoísmo, aversión a toda idealidad, negación burlesca de toda esperanza.

Las escenas de Schnitzler nos muestran un temperamento de *afancesado*, nada extraño en la muelle y erótica Viena anterior a la guerra. La guerra pasó, como un huracán, sobre esa Sibaritis; pero no ha conseguido aportar la semilla de las fuertes regeneraciones.

Completa el volumen de Schnitzler un cuadro dramático de los primeros días de la Revolución francesa. Titúlase *A la cacatúa verde*, que es el nombre de una taberna de París. Me parece recordar que en Barcelona se representó hace algunos años, una traducción catalana de esa obra.

Es un drama intenso y rápido que flota en una línea media entre el histrionismo y la muerte. Sobre el tablado de esa farsa (verdadera farsa) chocan los dos mundos que libraron la batalla trágica. Pasa sobre aquellos nobles como una delicia de cosquilleo del horror; el presentimiento de la expiación próxima... ¿No la buscaban ellos mismos, acaso, como último refinamiento que hiciera vibrar sus nervios agotados?

Es el día de la Bastilla; aullan las turbas en torno a la cabeza de De Launay; y la acción transcurre siempre, para el lector o espectador, con la duda de si se trata de una ficción preparada para escalfar el teatro de unos aristócratas blasés, o de una realidad cruenta, inmediata y fatal. Sobre aquellas cabezas cortadas va a cumplirse la asombrosa profecía de Cazotte, que predijo la guillotina y fué víctima de ella.

No puede negarse que esa pieza trágica confina con el melodrama y bordea los efectismos del *Grand Guignol*. Pero tiene gran movilidad escénica, fuerte interés y plena interpretación del carácter histórico.

Gabriel ALOMAR

BIBLIOGRAFÍA

Lujosamente presentado, acaba de editar la Casa Maucci, de Barcelona, su popular Almanaque para el año próximo, que supera al del año anterior y puede competir dignamente con cuantas publicaciones de su género ven la luz en España, no sólo por lo abundante y escogido de su texto, sino por la profusión de sus grabados.

El distinguido periodista barcelonés D. Bartolomé Ferrer Bittini ha dado a la estampa una novela llena de emoción y escrita con depurado estilo, titulada *Los hijos de la Méloca*.

Entre los novelistas que cultivan el género humorístico, pocos consiguen el favor del público con tanta rapidez y merecimiento como el autor de la novela *César Napoleón Gaillard*.

Juan Farner, en *César Napoleón Gail-*

lard a la conquista de América, une a su ironía de rancio sabor aristocrático, usada con mesura y siempre con oportunidad, su gran tesoro experimental de vida práctica. No queda bien deslindado, a veces, si trata de enseñar o se propone inmediatamente satirizar; pero lo que no deja duda es que en todos los casos apurados, que abundan en la novela, y en todas las páginas produce efectos alentadores, optimistas y estimulantes; por cuya razón justo es que se le cuente entre las rarísimas novelas que ocupan un puesto en las avanzadas de los libros de redención.

Se ha publicado el sexto número de la *Revista de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes*.

Con motivo de cumplirse el centenario de la independencia de Méjico, la revista dedica a la República hermana interesantes dibujos y profusión de grabados, que hacen de este número uno de los mejores que lleva publicados.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Novelas de R. Cansinos-Assens:

	Pesetas.
Las Cuatro Gracias.....	3,50
La Madona del Carrocel.....	3,50
En la tierra florida.....	4
La huelga de los poetas.....	4,50

EN PRENSA:

El movimiento V. P.

En esta última novela culminan el humorismo que Cansino-Assens reveló en *La huelga de los poetas*, así como las condiciones de alto lirismo y profunda sentimentalidad que caracterizan todas sus obras.

Pedidos: Estaciones, Librerías y Yagües, Caballero de Gracia, 28.

LAMPARA

EGMAR



LA MAS RESISTENTE Y DE MENOR CONSUMO

Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.

MADRID } Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Plaza de las Cortes, 2.

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269
Bachillerato, Derecho, Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Gobernación, Tribunal de Cuentas
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.-Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid
Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

NUOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONÓMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACÍFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

GRAN SALDO DE PIELS
confeccionadas y para
confeccionar. Liquidación de medias y calcetines de todas clases.
HORTALEZA, 82
LA ESTRELLA

FÁBRICAS DE OVOIDES Y BRIQUETAS

CARBONES.—Comisiones.—Consignaciones y representaciones.—Embarques rápidos de carbón a todos los puertos del litoral.

Telegramas y telefonemas: GUERRA

JOSE MARIA GUERRA VALDES.—Oficinas: Calle Innerarity, 21.—GIJÓN

Casa en Barcelona, Consejo de Ciento, núm. 392.—Representante en Bilbao, Alonso Larrea, calle Rodríguez Arias, núm. 1.—En San Sebastián, Camilo Ochoa de Zabalegui, apartado de Correos núm. 9.—En Málaga, Gumarino Hermanos, paseo de la Caleta, núm. 6.



LA HIGIENE DEL FUMADOR

LOS MEJORES TUBOS EMBOQUILLADOS PARA CIGARRILLOS. POR SU EXCELENTE FABRICACIÓN MECÁNICA Y SUPERIOR CALIDAD EN LOS PAPELES EMPLEADOS

DE VENTA EN TODOS LOS ESTANCOS Y AL POR MAYOR EN LA CALLE DEL PRADO 8

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)
CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRÁCTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS.—ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281



José Cima García
OVIEDO

FABRICANTE Y EXPORTADOR

Exportación a todos los países de América y Europa de la Real Sidra Asturiana.—Especial de fabricación SIDRA EXTRA CIMA.

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

LICOR MARIA GUERRERO

ANISADOS Y LICORES fabricados por
= MANUEL M. CID =
Constantina (Sevilla)
Admito buenos representantes

ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos. La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MAN-TONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

CONAC "LION D'OR"

(MARCA REGISTRADA)

ALFONSO GARCÍA DE ALCAÑIZ
Constantina (Sevilla)
Se admiten buenos representantes

ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie
Les Petits Suisse
Fernando VI, 17



AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA

(Lugo)

Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA



FUENCARRAL 6 MADRID

FOTOGRAFÍA
TOLEDO 63 MADRID

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

— De venta en todas las farmacias y droguerías. — Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos —

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado



UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

LA MÁQUINA PARA ESCRIBIR

ROYAL

Es la preferida en todos los Centros oficiales y grandes Casas de comercio y banca, Empresas periodísticas y Compañías de ferrocarriles :

60.000 máquinas en uso en toda España

Concesionarios exclusivos para España y Colonias:

TRUST MECANOGRÁFICO

MADRID: Montera, 29. * BARCELONA: Pelayo, 62.
VALENCIA: Paz, 17. * SEVILLA: Rioja, 14.
BILBAO: Escruza, 6.

A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO



esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos. De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50.— MADRID

PERFUMES MARYA

Compañía Americana de Perfumería Higiénica.

CUTISÁN.—Crema sin grasas. Indispensable para masaje facial. Evita granos, puntos, arrugas.

POLVOS CUTISÁN.—Adherentes, hermoseadores, higiénicos.

CRÈME ROYALINE.—Embellecedor instantáneo. El mejor fijador de polvos.

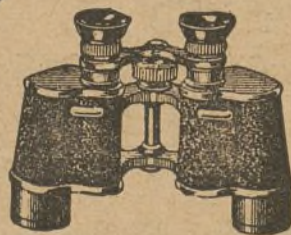
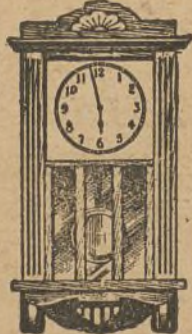
OXILON.—Agua oxigenada en polvo.

Perfumes modernos: SALOME.—REBECA.—DALILA.—OFELIA.—WALKIRIA.
Colonias Florida y Ambarina, Elixir, etc.

Dirección general: Muntaner, 10, bajos y entresuelo.—Barcelona



PLAZOS Y CONTADO



Relojes de todas clases.—Gemelos prismáticos.—Cámaras fotográficas.
Aparatos parlantes.—Pédis catálogos a BERGARA y COMPAÑÍA.—Idia-
quez, 6.—San Sebastián.

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17 AYALA, 60

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.— MADRID